

El voseo

por ERNESTO SABATO

El español sostiene que los argentinos hablamos mal el castellano. Que ellos sostengan esa tesis es explicable desde el punto de vista del orgullo nacional. Más asombroso es que lo piensen muchos argentinos: aparte la ignorancia de la moderna ciencia del lenguaje eso indica un fuerte sentimiento de inferioridad y un subconsciente espíritu de vasallaje. Y si hemos tomado el problema del voseo con tanta pasión no es porque pensemos que los académicos lograrán imponer su espíritu necrofilico, sino porque pienso que en este momento de crisis y enjuiciamiento general es necesario hacer conciencia, de una buena vez, de nuestra propia moda nacional. Y el lenguaje es la sangre del espíritu.

Nosotros no hablamos «mal» el castellano: hablamos «otro» castellano, que no es lo mismo. Decimos «saco» a la chaqueta, empleamos el «vos» en lugar de tú, acostumbramos emplear el «recién» sin participio pasado, pronunciamos (en Buenos Aires) el fonema «ll» como «y», no distinguimos entre la «z» y la «s», etc.

¿Y qué? Sólo los viejos gramáticos siguen suponiendo que hay una lengua cristalizada, un dechado supremo al que deben ajustarse los hablantes vivan donde vivan. Y esta curiosa superchería tiene tanto prestigio que cada cierto tiempo tenemos que soportar aquí la insolencia de cualquier extranjero que (en un castellano balbuceante y grosero) nos acuse, apenas desembarcado, de no hablar bien el castellano. Idea, calor, que le inyectó en alguna academia de Zürich o Londres un español que sigue creyendo en el mito.

Del mismo modo, cada cierto tiempo, nos anuncian que el mejor inglés se habla en Oxford y el mejor español en Toledo. Lo que implica algo así como un Origen Absoluto de Coordinadas semejante al que ansiosamente buscaban los físicos anteriores a Einstein. La ciudad de Toledo representaría la Silla Absoluta de la Lengua Castellana, y los pobres mortales que habitamos en otras partes del vasto imperio estaríamos condenados a farfullar dialectos más o menos monstruosos según nuestras respectivas distancias de la Silla y del Castellano Platónico sobre ella instalado, incorruptible perfecto e intemporal.

Pero con este absoluto pasa lo mismo que con el de los físicos cuando se creía que se podía fijar el

origen de coordenadas en el sol, se encontraba que tampoco ese astro gozaba de los beneficios del reposo absoluto y había que ir más lejos hasta otro astro, y así ad infinitum ¿Un lenguaje absoluto en Toledo? ¿Desde cuándo? ¿No fue originado por la «corrupción» del latín, no ha cambiado desde Cervantes hasta hoy?

No hay un patrón absoluto, es imposible preferir una modalidad a otra. Cada región tiene la suya, por motivos muy complicados de su historia, su geografía, su sangre, sus mitos y su paisaje. No hay una «lengua general». Ese es uno de los tantos cuentos que nos infirió una mentalidad racionalista. El único idioma general y universal es el de las matemáticas, porque se refiere a entes lógicos y helados, no a seres humanos calientes y contradictorios. Así como bien afirma Rosenblat, hay un castellano de Madrid otro de Bogotá y otro de Buenos Aires, y todos igualmente lícitos. Más aún en la misma región no hablan de la misma manera un campesino que un ciudadano, un niño que un viejo, un talabartero que un profesor. No hablan de idéntico modo dos familias del mismo lugar. Ni siquiera hablan de igual manera dos miembros de la misma familia, pues cada persona tiene su «idiolecto» ¿No distinguimos el lenguaje de Borges del de Marechal, a pesar de que ambos pertenecen al mismo país, tienen la misma edad y hasta formaron parte del mismo grupo literario? ¿Qué es, si no, el estilo? Es una manera propia de ver el mundo, la personalísima forma en que un ser humano siente, comprende y usa el universo en que vive. Y esa personal manera de verlo tiene, fatalmente, que expresarse en un lenguaje que, al ceñirse a ella como la malla de una bailarina a su cuerpo, se diferencia del lenguaje de otro escritor. Ya Karl Vossler, con dialéctica hegeliana, nos ha dicho que el lenguaje es una estructura que oscila entre dos polos opuestos, entre el individuo y la sociedad, entre la creación y la tradición, entre la originalidad y la convención, entre la libertad y la determinación, entre la poesía y la acomodación social, entre el espíritu y la cultura hecha, entre la psicología y la gramática.

De este modo, el lenguaje es inevitablemente distinto en cada hablante, ya que cada uno de ellos se comporta, siquiera sea modestamente, como un creador o poeta; pues también él tiene su propio mundo y su manera de sentirlo. Y con todo, esa infinita diversidad que multiplica los castellanos del

mundo se concilia en una infinita unidad, ya que al fin todos nos entendemos y es posible, no solo el lenguaje que permite nuestro modesto comercio de todos los días, sino que también el idioma de las grandes obras literarias que, a pesar de su personalidad, es capaz de llegar al corazón y a la mente de millones de hombres.

Y esto que vale para los individuos, vale para las regiones. Dejemos a nuestros hermanos españoles que digan «chaqueta», siempre que nos dejen tranquilos con nuestros «sacos». Que nadie se morirá por eso ni el idioma naufragará en un caos total, como nos vaticinan esos negros agoreros de la lengua que son los gramáticos.

Ernesto Sabato, Santos Lugares, 1966